

# OJOS VERDES

## Lucius Shepard

«Una conjunción perfecta de terror y ciencia ficción, que está pidiendo a gritos ser llevada al cine». The Times.



El descubrimiento del doctor Ezawa entroncaba con las más ancestrales creencias vudú que persistían aún en los pantanos de Louisiana, puesto que recurría a inyectar cadáveres con el polvo recogido de antiguas tumbas de esclavos. Pero su descubrimiento tenía una base científica, puesto que era el desarrollo de una bacteria lo que revivía a los muertos y los convertía en seres de vida efímera y resplandecientes ojos verdes, cuyo llameante fulgor anunciaba siempre la proximidad de su fin. Pero, en ese breve período de tiempo de sus nuevas y cortas vidas, dentro de sus nuevas personalidades, los cadáveres revividos, a través de su frenesí vital, sus extrañas visiones y sus habilidades sobrehumanas, podían proporcionar nuevos atisbos al mundo del arte y de la ciencia y de los descubrimientos.

Así nació un proyecto ultrasecreto, cuya finalidad era aprovechar las habilidades de esos muertos redivivos. Hasta que, un día, uno de ellos no se conformó con su efímera vida. Quiso seguir existiendo, y escapó...

Este libro está dedicado a mi madre  
por todas las razones habituales y bien merecidas,  
y a Kim,  
por razones no tan habituales.

Mi agradecimiento a Marta Randall por darme asi-  
lo,  
a Mary Steedly por sus rápidos dedos,  
a Laura Scroggins por la bacteria,  
a James Wold por muchas cosas,  
y especialmente a Terry por la oportunidad.

No tengo más deseo que expresar  
las viejas relaciones del amor cumplido  
o estultificado, de la capacidad para el dolor,  
sin decir graciosamente todo lo que los poetas  
han dicho  
de una u otra de las viejas compulsiones.  
Porque ahora los tiempos están maduros para la  
confesión.

Alun Lewis

## Prólogo

*Edición de 1989*

Lucius Shepard es uno de los nuevos nombres que está sonando fuerte dentro del campo de la ciencia ficción anglosajona. Nacido en Virginia y educado en Florida, ha viajado por todo el mundo antes de aposentarse definitivamente en Nueva York, ha sido músico de *rock and roll*, y actualmente se dedica primordialmente (por no decir exclusivamente) a escribir. Lanzado a la palestra, en la década de los ochenta, por esa excelente revista que ha descubierto para el gran público a los más importantes escritores actuales del género, el *Isaac Asimov's Magazine*, consiguió en 1984 que tres de sus relatos fueran nominados para el premio Nebula. Aunque ninguno de ellos consiguió el preciado galardón, sí obtuvo, ese mismo año, el premio John W. Campbell, uno de los subsidiarios del Hugo, al mejor nuevo escritor. Es probable que ese fuera el detonante que le impulsara a dedicarse de lleno a la literatura, y hay que alegrarse de ello; desde ese momento, su nombre no ha dejado de aparecer regularmente en las principales revistas del género.

*Ojos verdes*, aparecida en los Estados Unidos en 1985, es su primera novela, y contiene todos los elementos que configuran el estilo literario particular de Shepard, presente ya en muchos de sus relatos anteriores: una excelente mezcla de ciencia ficción y terror, una penetración a mundos fantásticos y remotos a partir de una realidad más o menos

cotidiana, y un desarrollo argumental particular, que deja intencionadamente muchas puertas abiertas para que las siga el lector.

Más recientemente, en 1986, se resarciría de lo ocurrido en 1984 ganando el premio Nebula con su novela corta *R&R*, que luego pasaría a formar parte de su nueva y excelente novela *Vida durante la guerra*, que aparecerá próximamente en otra de las colecciones de esta misma editorial.

Domingo Santos

**Entrevista PAIB n.º 1251****Nombre del sujeto:** Paul Pelizzarro**Nombre PAIB:** Frank Juskit**Duración de la entrevista:** cincuenta y siete minutos.**Interpretación:** Ninguna. Ver vídeo.

**Comentarios/Reacciones personales/Otros:** Como de costumbre, me siento a la vez entristecida por la muerte y repelida por las acciones del paciente, por mi obediente respuesta; de hecho, por la naturaleza del trabajo: los trucos que efectuamos, y los propios pacientes, cómicos en su debilidad, horribles en su deseo de vida, y el destello de ardor que termina con ellos... Las verdes bolas de fuego alojadas en sus órbitas, sus mentes convirtiéndose en novae con la alegría de toda una vida condensada en unos pocos minutos. Sin embargo, descubro que los pacientes, en sus estados comprimidos y excitados, son mucho más interesantes que cualquiera de mis conocidos, y creo que incluso los fracasos relativos como el del señor Juskit hubieran conseguido —si hubieran vivido hasta el final a su ritmo acelerado— mucho más de lo que han relatado. Sus repelentes aspectos, en mi opinión, se ven contrarrestados por la intensidad de su expresión. Por esta razón deseo retirar mi renuncia entregada ayer, 24 de octubre de 1986.

Firma del terapeuta: *Jocundra Verret*

**Evaluación de personal:** *Asignar a Verrett a un persistente tan pronto como sea posible, pero no al primero que se presente. Me gustaría ver primero una foto y una hoja de datos de cada nuevo persistente, y a partir de ese material efectuaré una selección apropiada.*

A. Edman

## 1

De *Los conjurados: mi trabajo con Ezawa en Tulane*,  
por Anthony Edman, Doctor en Medicina, Doctor en  
Filosofía.

... no vi a mi primer «zombi» hasta mi segundo día en Tulane, cuando Ezawa me permitió ser testigo de una entrevista. Me llevó a un cubículo ocupado por varias sillas plegables y que tenía en una pared un espejo bidireccional. La habitación al otro lado del espejo estaba decorada al estilo de un burdel de finales del siglo pasado: sillas rojas de terciopelo y un sofá con patas imitando garras, marcos de nogal formando filigranas; urnas de latón con plumas de pavo real; cortinas color borgoña y paredes empapeladas con papel listado marrón; un candelabro de brazos sobre un pie de hierro negro. La luz era tan brillante como la del estudio de un fotógrafo. Aunque los «zombis» —al menos los efímeros— no ven claramente hasta el final, reaccionan al color y al brillo, y en último término el decorado sirve para amplificar los poderes persuasivos del terapeuta.

De pasada, debo mencionar que consideré la falta de una silla adecuada a mi persona dentro del cubículo de observación como una afrenta personal. Ya que él un hombre de naturaleza compacta, podría suponerse que Ezawa había cometido simplemente el descuido de no tener en cuenta mis dimensiones; pero no puedo aceptar la propuesta de que este meticuloso y educado caballero omite algún detalle a menos que sea a propósito. El hombre ha-

bía ejercido todas sus influencias para bloquear mi aprobación como psiquiatra jefe del proyecto, ya que consideraba mi enfoque demasiado radical, y creo que disfrutó contemplándome perchado en la silla, con una cadera dentro y la otra fuera, durante casi una hora. De todos modos, debo reconocer que lo que vi al otro lado del espejo barrió por completo cualquier sensación de incomodidad, y aunque hubiera sido necesario mantenerme en equilibrio sobre una pértiga para mirar por encima de los hombros de una multitud, me hubiera considerado un privilegiado.

La terapeuta, Jocundra Verret, estaba sentada al borde del sofá, las manos cruzadas sobre su regazo. Medía como metro y medio de estatura, y era esbelta, impasiblemente hermosa (los terapeutas, en parte, son escogidos sobre la base del atractivo físico), e iba vestida con una bata blanca de enfermera y pantalones. Parecía más joven que sus veinticinco años, y tenía unos miembros largos y unos ojos grandes y solemnes. Su pelo castaño oscuro, con mechones rubios, caía hasta sus hombros, y su piel tenía el tono oliváceo pálido de una figura del Renacimiento. El rasgo más notable de su apariencia, sin embargo, era la extensión de su maquillaje. Lápiz de labios, sombra de ojos y rímel habían sido aplicados de tal modo que transformaban su rostro en una máscara exótica, que evocaba la simetría del diseño del ala de una mariposa. Este tratar de embellecer aún más lo hermoso era una parte esencial de la presentación visual del terapeuta, y un maquillaje similar era utilizado también durante los primeros estadios de la existencia de los persistentes, minimizándose gradualmente a medida que se agudizaban sus percepciones.

Los movimientos de Jocundra eran graciosos y pausados, y sus expresiones se desarrollaban lentamente en distantes sonrisas y contemplativos fruncimientos de ceño, dando la impresión de una personalidad tranquila y controlada. Más tarde supe, en mi trabajo con ella, que esta impresión era medio falsa. En realidad contemplaba el mundo

como un sistema de procesos disciplinados a través de los cuales debía maniobrar uno, reduciendo la experiencia a su mínimo lógico y analizándola; pero su tendencia a la lógica, su sentido del orden, su pasividad en ocupar la vida..., esos rasgos se veían compensados por una profunda vena romántica que la hacía excitable y que, como se había divulgado, la empujaba a actos de imprudencia.

Le pregunté a Ezawa si era difícil reclutar terapeutas, y respondió que aunque la combinación de belleza física, falta de remilgos y una base científica no era muy frecuente, el índice de rechazos era bajo, y siempre había una lista de espera de solicitantes. Le pregunté también si había observado una similitud general de historiales o personalidad entre los terapeutas, y me respondió con un asomo de embarazo que muchos poseían un historial que abarcaba varias carreras académicas, así como un interés hacia lo oculto. Jocundra era un caso típico en este aspecto. Había trabajado en física sin llegar a graduarse, había cambiado a antropología en una escuela universitaria de graduados, y se había dedicado al estudio de los cultos vudú antes de unirse al proyecto. Ezawa, para quien la verdad parecía consistir exclusivamente en datos microbiológicos, mostraba poco interés hacia los rompecabezas psicológicos planteados por nuestros sujetos, ninguno en absoluto hacia los terapeutas, y buscaba constantemente quitarle importancia a los aspectos misteriosos del proyecto. A la luz de todo esto, hallé curiosa su utilización del término «zombi» en vez del oficial de «Personalidad Artificial Inducida Bacterianamente», o su acrónimo PAIB: evidenciaba un cierto resbalar de su posición de rigor científico.

—Debo admitir —dijo— que el proceso tiene elementos en común con una receta vudú. Aislamos la bacteria de la tierra extraída de las tumbas de los viejos esclavos, pero eso es simplemente debido a los ataúdes biodegradables... Permiten que los tejidos en descomposición interactúen con los microorganismos en el suelo.

Una vez aislada la bacteria, explicó Ezawa, era introduciendo un extracto de ADN de galega en el medio de desarrollo, y luego la bacteria era inducida a tomar cromosomas y fragmentos del ADN de la galega, con lo cual se producía una recombinación entre los dos tipos de ADN. El producto así obtenido era inyectado a través de una bomba cardíaca al cerebelo y lóbulos temporales de un cadáver muerto hacía menos de una hora, y a partir de ahí la bacteria iniciaba un proceso pretranscripcional del complemento genético del cadáver, devolviendo el cuerpo a una vida suficiente como para que pudiera iniciar el proceso postranscripcional. Veinticuatro horas después de ser inyectado, el «zombi» estaba a punto para el terapeuta.

Un enfermero entró en la habitación al otro lado del espejo, empujando a un hombre pálido y corpulento en una silla de ruedas: de mediana edad, gruesas mejillas, cabello castaño que empezaba a clarear y tez sombría. Llevaba una bata verde de hospital. El enfermero lo ayudó a trasladarse al sofá, y el hombre luchó débilmente por ponerse en pie, derribando con una pierna la mesilla de café. Su nombre, vi en la tablilla de Ezawa, había sido Paul Pelizzarro, un vagabundo, aunque pronto empezaría a recordar un nombre distinto, una historia distinta. Fragmentos al azar del ADN en transformación en la bacteria recombinante codificada para una personalidad completamente nueva, o así lo expresó Ezawa. Cuando sugerí que la personalidad no podía ser enteramente nueva, que tal vez estuviéramos contemplando un deseo de realización a nivel celular, me miró sobresaltado, como si de pronto sospechara que yo estaba diciendo tonterías..., o eso supuse en aquel momento, aunque en retrospectiva resulta claro que él sabía mucho más que yo acerca de la naturaleza de nuestros sujetos y que no era posible que se sintiera sorprendido por mi obvia interpretación. Quizá simplemente estaba reaccionando a mi perspicacia.

Pelizzarro se sentó inmóvil, la cabeza descansando sobre su hombro, los ojos turbios, la boca abierta. Cuando eran revividos todos se mostraban intratables y laxos, como pizarras en blanco, muy parecidos a los zombis del folklore. Los enfermeros les dicen que han muerto y que han sido devueltos a la vida por medio de un proceso experimental, y que los está llevando a alguien que les ayudará. El trabajo del terapeuta consiste en hacer que el «zombi» desee complacerle —o complacerla— mediante la estimulación de una respuesta sexual, iniciando así una dependencia.

—Naturalmente —dijo Ezawa—, la respuesta sexual es el efecto secundario de incrementar la producción de acetilcolina y norepinefrín en las articulaciones neuromusculares..., mejora el control motor. —Conectó el audio. El enfermero se había marchado, y la entrevista había empezado ya.

Jocundra estaba de pie delante del «zombi», agitando las caderas como una starlet tentando a un productor.

—¿Por qué no habla? —preguntó.

Él agitó la cabeza a uno y otro lado y empujó los almohadones, demasiado débil todavía para ponerse en pie. Cuando su mano impactó con la blandura del sofá, su aliento brotó en un blando gruñido.

Jocundra se situó detrás de él y pasó suavemente los dedos por su nuca, estimulando sus nervios espinales. El hombre se inmovilizó, la cabeza inclinada, como si escuchara un susurro ominoso; sus ojos fueron de un lado para otro. Parecía aterrado. Jocundra rodeó de nuevo el sofá y volvió a situarse frente a él.

—¿Recuerda su muerte? —preguntó fríamente—. ¿O alguna cosa después?

El «zombi» forcejeó, agitó los brazos; sus labios se fruncieron, revelando dos hileras de perfectos dientes blancos,

pequeños y de aspecto femenino en contraste con su abundancia de carnes.

—¡No! —Su voz era estrangulada—. ¡No! Dios, yo..., ¡no!

—Quizá prefiera que me vaya. No parece querer hablar.

—Por favor..., no. —Alzó una mano, luego la dejó caer blandamente sobre el almohadón.

Luego averiguaría que cada terapeuta empleaba un método distinto de relacionarse con los «zombis», pero —quizá solo debido a que Jocundra fue el primer terapeuta que observé— nunca he hallado otro estilo más apremiante, más ilustrativo de la elaboración esencial del mito en el núcleo de la relación terapeuta-«zombi». Ya he mencionado que sus movimientos eran graciosos y pausados bajo condiciones normales; cuando trabajaba, sin embargo, se volvían elegantes e hipnóticos, como si estuviera desplegando velos invisibles, y me hizo pensar en los gestos de una danzarina balinesa. El «zombi», por su parte, debía estar percibiéndola inicialmente tan solo como una silueta confusa, una figura en sombras en el centro de una débil y parpadeante vela, una diosa desconocida que tejía un conjuro para atraer su mirada hasta que, al fin, su visión se aclaraba y la veía delante de él, tomando forma humana poco a poco. Jocundra utilizaba la clásica táctica femenina de acercarse y apartarse alternativamente para aumentar su fuerza visual y táctil y, en aquella entrevista en particular, una vez el «zombi» le hubo suplicado que no se fuera, se sentó a su lado en el sofá y tomó su mano.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

Él pareció desconcertado por la pregunta, pero al cabo de unos segundos respondió:

—Frank. Frank Juskit. —La miró, buscando su reacción, y consiguió esbozar una sonrisa—. Era... vendedor.

—¿Qué tipo de vendedor? Mi tío también es vendedor.

—Oh, solo un viejo negociante astuto —dijo el hombre, adoptando una personalidad a la vez pomposa y humilde.

Un acento del medio oeste se arrastraba en sus vocales, haciéndose más agudo a medida que se iba enfrascando en su historia—. Al final, sin embargo, no vendía ya mucho. Solo mantenía un ojo atento a los libros de cuentas. Pero he vendido derechos de explotación y fábricas, ciénagas y terrenos en la costa. Me he ocupado de permutas e hipotecas y zonas de desarrollo. ¡Infiernos, he vendido de todo, de todas maneras y al revés!

—¿Bienes raíces?

—¡Sí, señora! ¡Raíces y desarraigados! —Dio una palmada e intentó guiñar un ojo, lo cual, debido a su falta de control muscular, se convirtió en una grotesca mirada de soslayo—. ¡Y si no podía venderlos, los compraba! Convertí terrenos baldíos en centros comerciales, suburbios de tercera línea en palacios de neón. Engullí tranquilos suburbios y escupí polígonos industriales. ¡Era el genio malo de la sala de juntas! ¡Pirateé por todo el mundo con sangre en mis dedos y un sello notarial cubriendo mi ojo izquierdo! Y, cuando sea enviado al Infierno, le venderé al diablo un piso con dos dormitorios y cuarto de baño dominando la Tierra Prometida, y yo mismo ocuparé el lugar...

Ezawa ha etiquetado estos estallidos como «confesiones extáticas», pero yo considero el término inexacto y prefiero emplear el de «historia del ciclo vital». Puesto que los sentidos del «zombi» son imprecisos y su control motor limitado, debe comprimir toda la variedad de su experiencia sintetizada en un paquete comunicativo a fin de realizarse completamente. El resultado es una estructura simbólica compacta, una que resume toda una vida de impulso creativo: una historia de todo el ciclo vital.

—Esto es típico —dijo Ezawa—. Dudo que averigüemos algo de valor. ¿Ve sus ojos?

Miré. Había destellos de verde fosforescente en los iris, visibles para mí a una distancia de tres metros; al principio eran débiles, pero aumentaron rápidamente en frecuencia y brillo.

—Es el impacto de las bacterias en el nervio óptico —dijo Ezawa—. Son bioluminiscentes. Cuando lo ves, sabes que el fin está cerca. Excepto en los casos de los persistentes, por supuesto. Sus cerebros retardan todo el proceso. Tenemos uno en Shadows que ha estado mostrando verde durante dos meses.

A las preguntas de Jocundra, el señor Juskit —empecé a pensar en él por su nombre asumido, convencido por la seguridad de sus recuerdos— detalló una enfermedad terminal que lo condujo a la muerte que antes no había conseguido recordar. El destellar de sus ojos se intensificó; brillaban como el fuego de los pantanos, florecieron hasta convertirse en estrellas verdes, e hizo los gestos, con los puños cerrados, de un presidente de compañía exhortando a sus vendedores. A medida que ganaba control de sus músculos, se parecía más y más a un vendedor, el Napoleón de la sala de juntas, el locuaz y expansivo hombrecillo nacido de la unión entre un vagabundo y el ADN bacteriano. Cuando lo había visto por primera vez en la habitación al otro lado del espejo, torpe, desconcertado, apenas consciente, me había sorprendido la perversidad de la situación: un hombre poco impresionante, medio muerto, estaba siendo manipulado como un pelele por una encantadora mujer con uniforme de enfermera, y todo ello dentro de una recargada habitación que muy bien hubiera podido ser el salón privado de un prostíbulo de alta categoría. La escena encarnaba una alucinada sexualidad. Pero ahora todo parecía natural, correcto; no podía imaginar ninguna habitación que no encajara con la presencia del señor Juskit. Lo dominaba todo a su alrededor, exigiendo mi atención, y vi que Jocundra tampoco tejía ya su red de elegantes movimientos, ya no era la tentadora; estaba inclinada hacia él, pendiente de sus palabras, las manos cruzadas en su regazo, tan atenta como podría estarlo una esposa ante su marido.